

## El regreso

Por Efraín López Mogollón

*Nacido en Bogotá en 1953. Ingeniero Mecánico, con especialización en Ingeniería de Petróleos y Seguridad Industrial. Las largas rotaciones por países de América, África y Europa propiciaron su hábito por la lectura. Siempre ha escrito para él y para los suyos, con publicaciones esporádicas en Canadá y México.*

*Doblaba sus dos prendas de ropa y el desfondado suéter para meterlo en la mochila, pensando en todo lo que había pasado durante estos diez años. Los sufrimientos, las lágrimas, las enfermedades. La muerte de su padre al poco tiempo de haber llegado a Soacha. Recuerda cómo durante casi siete días con sus noches, él tosía y tosía, con su cara cada vez más amoratada, quedando exhausto luego de esos combates con el aire que intentaba meter a sus pulmones. Escucha sus últimas palabras, pronunciadas en medio de su delirio febril, con la mirada rota, puesta en ella, al ver el desamparo en que la dejaba, al sentir su impotencia para cambiar su desalmado destino.*

*Doblaba los recuerdos, y con la mano se enjuagaba las lágrimas que creía no tener y que salían de esa fuente que ya había agotado después de tantas jornadas de soledad, enfrentando peligros indecibles. En cada pliegue de esos recuerdos, había una noche fría, un irse a dormir con hambre, un desapego por la vida que solo se disminuía un poco al llegar cada amanecer.*

*Ayer había recibido una carta de su tío Jorge, el hermano de su madre, donde le informaba que como producto de los tratados de paz con la guerrilla, se habían abierto espacios para que los campesinos que se habían visto obligados a abandonar sus tierras, regresaran a sus fincas y las ocuparan de nuevo. No decía*

mucho más, ya que él no vivía en el pueblo. Ella aún no sabía cómo iba a reclamarlas, ya que la noche en que salieron del pueblo, luego de la muerte de su hermano, no llevaron nada con ellos. Solo esos recuerdos que aún flotaban en su mente.

También los paramilitares se habían ido hacía buen tiempo, ya que esas tierras no eran apropiadas para el cultivo de coca por lo empinado de las montañas y la dificultad para cortar y procesar la hoja. Algunos recuerdos alegres vinieron a su mente, como los rayos del sol del páramo, que calientan muy tímidamente el alma. Y también vinieron recuerdos de tristeza, que eran la gran mayoría, recuerdos que se untaban a los huesos como se untaba la greda de la orilla del río a las botas de caucho que usaba cuando niña.

Ella no tenía consciencia del tiempo. No había una señal en su camino que le dijese si eran tres, cinco o cuarenta años, los que habían pasado desde el comienzo de esa orfandad, o mejor, desde el fin de su felicidad. Enumeró cada ocupación, desde cuando empezó a vender en los semáforos, oficio que aún desempeñaba, ofreciendo trapos chinos, a dos mil pesos, para ganarse doscientos por unidad y darle el resto al mayorista que le daba la oportunidad de venderlos. Había vendido de todo. Empezó con pañuelos de papel, luego frunas, chocolatinas, peines; cuando había cosecha, mangos y mandarinas empacados en chuspas de plástico que ella misma preparaba del guacal que le dejaba el mayorista, a las cinco de la mañana, en el mismo andén donde vendía. Varios mayoristas la habían usado. El primero, a quien encontraron muerto bajo el puente de la 30 con 45, una mañana cuando fueron a recibir la mercancía con su padre; el mismo que la había violado muchas veces, engañando a su protector, diciéndole que la llevaría a trabajar en otra esquina, y subiéndola en su destartado carro, llevándola hacia los potreros que hay entre Fontibón y Funza, y abusando de ella, para luego pegarle pellizcos en el pecho hasta hacerla sangrar, donde nadie pudiese verlos, y torturarla con amenazas de matarla si

*llegase a decir algo.*

*Él no sabía, que ella era inmune a la violación. Que su cuerpo ya no habitaba en ella y que su alma seguía siendo virgen y lo sería por siempre. Quizás por eso nunca quedó en embarazo y su vida no se complicó aún más, teniendo que cuidar algún vástago. Este hombre, mató en ella lo poco que quedaba. Sus ojos nunca más brillaron, y la música no volvió a sonar nunca más en sus oídos. Su piel dejó de sentir. Todo en ella quedó quebrado y desmembrado, como había quedado el cuerpo de su madre cuando los paramilitares la asesinaron y descuartizaron a la orilla del río de su pueblo.*

*Recordó cómo atravesó todo un abanico de mercaderes, los que también luchan por salir a flote explotando a otros. Usando la anemia y la enfermedad de sus congéneres para producir lástima a los conductores, en el minuto que dura el cambio de luz en el semáforo. Lo único diferente de cada uno de ellos era el producto.*

*Aún retumbaba dentro de ella la frase última que pronunció su hermano de tan solo cinco años, poco antes de morir, "Me quiero morir hijueputa". Para ella, una niña de diecisiete años, esa frase empezaba a tener sentido. Palabras que la mayoría de los seres humanos no quieren oír; grito de angustia y desesperación ante la fatalidad y miseria de la vida; quizás porque se tiene certeza de que nada cambiará y que esta tortura se extenderá por el resto de sus días, desde la mañana a la noche, desde la noche a la mañana, y que no importa qué se haga o cómo se haga. Su futuro ya está escrito, y la desviación de lo conocido será poca. Pensó ella, ¿si también iba a morir sin conocer el mar como su hermano?*

*No tenía dinero para el viaje y se valía de la señora del puesto de venta de cigarrillos y caramelos de la calle donde ella compartía el andén con su puesto de chiros. Le pidió plata prestada para el pasaje del bus, explicándole que iba a regresar al pueblo; dinero que le prestó bajo el compromiso de que se lo devolviera una vez llegara al pueblo. Cerró la mochila de tela, salió del cuartucho, donde sólo había un colchón sucio y unas revistas deshojadas que ella*

recogía de la basura que tiraban, una vez al mes, frente a la peluquería de la calle donde vendía sus trapos. Puso el candado en la puerta y se asomó a la calle. El día era luminoso.

Llegó al terminal en un bus al cual no le cabía una persona más. Estaba acostumbrada a ello. Compró el boleto para el primer bus que salía hacia Medellín, y allí transbordaría tomando otro bus hasta Santa Rosa.

Se subió en la parte de adelante y se sentó en la ventanilla. Se sentía con ánimo. Era la primera vez que hacía algo diferente en diez años. Todos los días, incluyendo los domingos, había estado en la calle, tratando de escamotearle unos pesos a la vida, para poder pagar el roto donde dormía y el plato de sopa que se hacía cada noche. Su pobreza era casi tan grande como su tristeza.

El bus tomó su tiempo en salir del enjambre metálico de la ciudad y se encaminó por la carretera a Medellín. Pronto su cara empezó a cambiar. Sentía algo dentro, como si dentro de su cuerpo algo se moviera. No había nadie sentado a su lado. Dormitó un poco ya que no había pegado el ojo en toda la noche, por la excitación que todo esto le traía.

Cuando despertó, el bus se desplazaba a gran velocidad por la carretera, en el Magdalena medio cerca a Puerto Triunfo. El olor que entraba por la rendija de la ventanilla era agradable, era un olor que renacía en su recuerdo, olor a campo, a finca, olor a tierra húmeda y cálida. Veía el ganado en los potreros, algunos caballos pastando, y algunos jinetes corriendo por las praderas. Las aletas de su nariz, se abrían y el aire caliente hacía mover algo más que sus pulmones.

Más adelante, al llegar a la montaña, los ojos se le nublaron con lágrimas al ver en una casa campesina un niño correr para elevar una cometa, y regresó la imagen de su hermano, que decidió morirse niño, al haber perdido el reto que le hizo la vida, matando sus sueños, asesinando toda su esperanza. Ella ya no recordaba qué era llorar y en las últimas cuarenta y ocho horas, todo había sido llanto y temblor dentro de sí. ¿Es que acaso ella vivía todavía?

En el terminal de Medellín descendió del bus y fue hasta la ventanilla a comprar

*el tiquete para Santa Rosa. Tuvo suerte ya que solo había dos buses al día y el último saldría en media hora. Compró el tiquete y caminó mirando las vitrinas de los almacenes del terminal, donde vendían comida que ella no probaba hacía muchos años. Aún existían los piononos, las melcochas, los turrones. Compró una caja pequeña de estos y el dulce sabor la transportó de nuevo a esa ya lejana infancia, cuando todo era feliz, cuando todo era alegría y amor, en compañía de su mamá, de su papá y de su hermano. Pensó, en cómo era posible que algo que entraba por la boca o por la nariz, pudiese llenarla de recuerdos, de cosas ya inexistentes hasta el día de ayer.*

*Y se conformó con pensar en que quizás soñaba y que iba a despertar dentro de esa misma triste miseria a la cual había sido condenada sin haber cometido más delito que vivir en el sitio equivocado.*

*Al cabo de dos horas, veía su pueblo a lo lejos, clavado en la colina, se incorporó y le pidió al chofer que la dejara frente a la escuela, antes del pueblo. Al llegar allí, se bajó del bus y caminó por la trocha que conocía muy bien, tanto que podría hacer el recorrido a ciegas. Al llegar al sitio donde antes había estado su casa, no la vio. Se agachó y pasó bajo la cerca, y notó algo en el monte. Este estaba muy crecido. Con la mano, fue retirando maleza y encontró un muro de adobe, allí estaba la casa. No la habían tumbado. Gritó de felicidad y sin pensarlo, empezó a tumbar rastrojo, y monte con las manos, desesperadamente. No percibió que se hacía daño, solo le importaba encontrar la puerta y la encontró luego de romper, halar y tronchar. La empujó con fuerza y esta se abrió. Todo estaba allí. Todo igual a como estaba el día en que salió de madrugada con su papá huyendo de la muerte.*

*Gritó con fuerza, lloró de nuevo, estaba segura de que todo volvería a ser como antes, que la huerta daría verduras, que las gallinas pondrían huevos y la vaca daría la mejor leche del mundo. Todo sería nuevamente felicidad y ya nunca más habría tristeza en su alma.*